

Guillermo Pilgrim

La ciudad eterna



PARTE I



I

Oscura, aún dormía la ciudad entera. La urbe que sería eterna, inmortal, la ciudad que nunca dejaría de ser.

No había ruido alguno, el olor de la tierra y la madera impregnaban la habitación. Un gallo cantó. El viento era frío en el amanecer invernal y el color de la noche daba paso a las primeras luces, que teñían de azul la mañana naciente.

El gallo volvió a cantar. La luz adoptó un tono más claro, aún azul pero, definitivamente, ya no era de noche.

Quinto se dio una vuelta sobre la cama y se desperezó, era la hora de levantarse. Echó atrás la frazada de lana y se sentó en el borde del jergón.

Fuera, en la calle, en medio de la *Subura*, el silencio ya comenzaba a dar paso al ruido de ese barrio populoso y dispuesto a las múltiples transacciones y diversas ocupaciones de cada día. En muchos casos, por cierto, se trataba de negocios fuera de la ley.

Quinto se restregó los ojos y buscó a tientas la tinaja de agua para lavarse la cara, cosa que hizo aún soñoliento. El departamento era pequeño, compuesto de un dormitorio y una habitación que servía de cocina, comedor y sala de estar (aunque una parte de los alimentos se cocinaban en el patio o directamente en la calle). Aun así, era afortunado: vivía solo y ese era uno de los buenos pisos de la *insula*, el edificio de departamentos en que vivía. Quinto tenía un buen empleo como administrador de una taberna, una *popina* a decir verdad. Gracias a ese trabajo podía pagar aquella habitación, un verdadero lujo para un hombre solo. Su vivienda iba emplazada en el segundo piso de un edificio con departamentos que se levantaba en seis pisos sobrepoblados,

como eran casi todas las *insulas*, pero su cubículo era el único que tenía acceso directo a un diminuto patio que compartía con la planta baja de la construcción que estaba pegada a la de él y que, siendo exactamente igual, también se elevaba seis pisos hacia arriba.

La habitación tenía otra ventaja: poseía dos entradas. La puerta grande conducía a una escalerilla que remataba en la vía principal, la que a su vez conectaba con el *Argiletum*, una calle antigua que ahora ocupaban sobre todo los libreros y que conectaba con el Foro Romano. La otra puerta era una entrada pequeña, también con una escalerilla; tal vez, una forma de ensamblar su edificio con el del lado, porque alguna vez habían sido una sola construcción que se enlazaba a través de una calleja trasera. Esa puerta daba, precisamente, a un callejón, mal iluminado y sin salida, donde ahora se vaciaban las más diversas basuras, desde los orinales de las casas hasta animales o infantes muertos que las prostitutas solían tirar por allí cuando nacían. El infanticidio era un crimen penado duramente, pero las prostitutas solían correr el riesgo, porque un recién nacido podía, en su mundo laboral, ser una condena aún peor.

Quinto se dirigió a esa puerta con su orinal en la mano, esperando no encontrar demasiada basura ni algún olor extremadamente fuerte; pues, aunque el callejón olía horriblemente mal —una mezcla de verduras podridas, orinas, excrementos y carnes en descomposición— él ya estaba acostumbrado a dichos olores, de modo que solo le parecían intolerables cuando el cadáver de algún ave, animal o niño muerto, después de algunos días, comenzaba a apestar.

Abrió la puertecilla de madera de un tirón y la luz lo abrumó por un segundo. Extendió la mano para tirar el contenido de su bacín al pequeño acueducto destinado para ello al borde del callejón, cuando vio el cadáver.

Estaba en medio de la basura, vestido y envuelto en una tela blanca y con el pelo húmedo. Se trataba de una mujer adulta, de unos quince o dieciséis años, alta y delgada. El cuerpo se encontraba tendido de espaldas, con las rodillas dobladas lo mismo que los codos; por unos centímetros más, podría haber sido la posi-

ción fetal, pero no llegaba a serlo y eso daba la impresión de una extraña postura.

A simple vista podía apreciarse la fisonomía de la mujer, porque la tela no la cubría. Era un rostro pulcro, con aire de aristócrata, inclusive. Sin duda, pensó Quinto, no era la clase de mujer que uno encontraría en la *Subura*.

Con lentitud, dejó el orinal en un rincón de la habitación, bajó la escalerilla de piedra y salió al callejón. Estaba descalzo, y en ninguna otra circunstancia habría puesto sus pies desnudos sobre la asquerosa basura que allí se amontonaba, pero en ese instante parecía mesmerizado por el cuerpo. Avanzó unos pasos más y apreció la faz del cadáver con más cuidado. Se veía pálida y los labios estaban un tanto azulosos, con un feo moretón sobre la mandíbula. La nariz era recta y bien impresa, boca carnosa, cejas fuertes, el óvalo de la cara de pómulos marcados y barbilla suave. Tenía los ojos cerrados.

La luz de la mañana ya era diáfana, el ruido de la calle en esos pocos minutos se había hecho fuerte y, por eso, debió levantar mucho la voz, abrirse la garganta gritando “¡auxilio!” para que los vecinos lo oyeran.

Lucius Geminius Celsus fue el primero en llegar al sitio donde fue encontrado el cadáver. Exlegionario, hacía poco menos de un año que había regresado de servir en Britania, y ahora, debido a sus años distinguidos como soldado, era un *optio stratorum* y pertenecía a la Cohorte Urbana diurna, un tipo de legión vinculada a uno de los prefectos, los que a su vez estaban vinculados a los triunviros capitales y estos, a su vez, al pretor urbano. En el fondo, Geminius Celsus era parte de la policía de la ciudad, que solía dividirse entre la *Cohorte urbanae* y la *Cohorte vigiles*. Esta última, aunque había sido la primera en fundarse, trabajaba más bien de noche, se ocupaba de crímenes más simples (una reyerta, un esclavo que hufa, una pelea) y, fundamentalmente, sus miembros actuaban como bomberos; aunque no se detestaban abiertamente, las cohortes urbanas sentían algo de desprecio por las cohortes nocturnas.

Los gritos lo alertaron.

En realidad, la gente gritaba “¡asesinato!”, “¡asesinato!”, y Geminus Celsus pensó que se estaba cometiendo un homicidio o que, en el peor de los casos, se acababa de cometer. Sabía por experiencia que mientras antes se llegara a la escena de un crimen, mayores posibilidades de resolverlo habría, por lo que se apresuró en ir al lugar de donde provenían las voces.

Celsus era un policía que se tomaba muy en serio su trabajo; de formación militar, héroe de guerra, padre de familia, pretendía jubilar pronto, pues era un veterano: el tiempo máximo que se podía servir en las legiones urbanas era de dieciséis años, pero Celsus quería sumar sus años como legionario en Britania (dieciocho en total) y ganar el monto que se ofrecía a los soldados retirados por años de servicio, sobre todo porque, entonces, ya tenía treinta y seis.

Lo cierto es que ser parte de la Cohorte Urbana en aquellos días podía ser muy simple y muy complicado a la vez. La cultura romana era pragmática y, en términos legales, centraba especialmente su interés en el derecho civil, generando toda clase de leyes, reglas, formas y relaciones legislativas en torno a los ciudadanos y el orden de la ciudad, especialmente sobre cómo regían sus concepciones sobre la propiedad privada, lo que les hacía sentir un fuerte sentido de progreso. Los litigios por lo que se poseía y por lo que no, por la capacidad de adueñarse de esto o de aquello, por los modos posibles o no de profitar y el interés económico sobre casi cualquier objeto, eran una de las bases de aquella cultura; las leyes —con sus derechos y deberes— en aquel imperio, vasto como ninguno de ese tiempo, eran lo que (según lo creían los propios romanos) les permitía sostenerse como civilización.

Sin embargo, el derecho penal era otra cosa. Los romanos, se ha dicho, eran prácticos: los crímenes, por lo general, eran castigados rápidamente; de hecho, las indagaciones sobre un juicio no podían demorar más de cuatro meses sin tener un acusado y las excepciones eran pocas, complicadas de solicitar y no muy a menudo aceptadas. El castigo para el homicidio o su intento probado, casi en el cien por ciento de los casos era la pena de

muerte; las pocas cárceles del imperio (en Roma existía solo una) eran un lugar de tortura y de espera por la pena capital.

Por supuesto, el tipo de juicio que se llevaba a cabo dependía bastante del estamento social de los afectados. La alta traición o el intento de asesinato al emperador, sus allegados, senadores, patricios, en pocas palabras, de las clases dominantes, eran investigados escrupulosamente y castigados sin piedad. Generalmente, una demanda criminal de cualquier tipo entre dos personas de distinta clase social suponía una fuerte ventaja para el litigante del estamento superior. Los esclavos también eran materia de legislación, tanto en el derecho civil como en el penal. Lo común era que los propios dueños los juzgaran y dictaminaran diversos castigos; por su parte, si la policía así lo requería, podía solicitar la entrega temporal de un esclavo para ser interrogado. Por cierto, la ley romana no permitía que un esclavo acusara a su dueño, aun si esa acusación provenía de un interrogatorio solicitado por un juez tratando un litigio con otra familia.

El poder de articular y estructurar justicia, recaía, en rigor, sobre el pretor urbano; sin embargo, este solía tener demasiadas ocupaciones como para hacerse cargo de todos los casos. En contrapeso, estaban los lictores, los prefectos y la policía misma. Los dos últimos eran quienes realmente se relacionaban con las situaciones criminales, quienes investigaban y proporcionaban la información relevante en los casos. Si había suerte, los jueces los escuchaban y (a veces) se hacía justicia.

Geminus Celsus escuchó los gritos y avanzó hacia el lugar desde donde parecía venir el ruido. Al mismo tiempo, para hacerse notar por los ciudadanos o algún otro policía que estuviera cerca, hizo sonar el silbato que era parte de su uniforme: generalmente la Cohorte usaba una campanilla, pero algunos exlegionarios —por costumbre— preferían el silbato, que también estaba permitido. Los vecinos gritaban y hablaban ruidosamente, y cuando lo vieron llegar aumentó el volumen de sus gritos. Geminus Celsus era alto, delgado y fuerte. Aguilucho, de ojos oscuros y piel olivácea, tenía, además, una cicatriz que cruzaba su rostro de manera horizontal desde el pómulo izquierdo, atravesando el puente de la nariz y terminando como una línea muy delgada

bajo el ojo derecho. El tamaño y el rostro (incluida la cicatriz) de Celsus solían ser suficiente para hacerse respetar, así es que le bastó poco tiempo para calmar al agitado grupo.

Según pudo entender, el crimen había sido perpetrado en ese mismo momento en el barrio de la *Subura*, en un sector que era más bien un arrabal violento y fraudulento, en una calle cercana al *Argiletum*. La atropellada narración de los vecinos decía que se trataba de una niña pequeña, posiblemente de cinco o siete años, una virgen sin duda, tal vez hasta una sacerdotisa robada de algún templo.

Celsus preguntó si alguien había visto el cuerpo. Como esperaba, todos negaron ser testigos directos del cadáver, no por querer quitarse responsabilidades legales, sino porque probablemente solo repetían lo que habían escuchado de otros vecinos que, a su vez, también habían escuchado lo sucedido por el relato de otros. Después, el policía preguntó si alguien sabía, al menos, el lugar exacto donde estaba el cadáver, pero tampoco hubo una respuesta afirmativa; en cambio, le indicaron de dónde provenían los primeros gritos. Se dirigió a donde le indicaban, allí encontró a más personas excitadas por lo ocurrido, quienes lo enviaron a otro sitio y de ahí incluso a otro, hasta que, finalmente, llegó a la puerta principal del departamento de Quinto. El lugar estaba atiborrado de gente, había más gritos, los curiosos intentaban ver lo que fuera y quienes no podían ver comentaban lo que no habían visto y quienes no comentaban, esperaban que les llegara, aunque de segunda mano, alguna observación o descripción de lo que pasaba.

Geminus Celsus subió apresuradamente la escalera hasta el departamento. Cuando entró el policía, se hizo un receloso silencio. El cadáver estaba sobre una mesa, tapado con una sábana transparente, demasiado corta para cubrirlo por completo, de manera que los pies, largos y blancos, asomaban desde la mitad inferior de las pantorrillas. Se acercó inmediatamente a él, haciendo un gesto para alejar a las personas que se encontraban alrededor de la mesa.

—¿Quién encontró a la víctima? —preguntó Geminus.

—Yo, yo la encontré, señor —contestó un hombre levantando la mano. Era de baja estatura, pelirrojo y delgado.

—¿Tu nombre?

—C. Iulius Quinto Rufo, señor.

—Bien, Quinto Rufo, ¿eres un liberto? —La pregunta no era casual. La inicial “C” delataba la filiación con el último *gens* donde había servido él o algún familiar y que le habían concedido la libertad. Otros prefijos revelaban lo mismo: Ti, M, por ejemplo.

—Mi abuelo, señor, C. Iulius Quinto.

—¿Tú eres quien vive aquí, Quinto Rufo?

—Sí, señor, vivo aquí.

—¿Tu mujer?

—Vivo solo, señor.

La respuesta sorprendió al policía, pero no demasiado, cosas más extrañas había visto.

—Muy bien —ordenó Geminius—, entonces todo el resto de la gente va a desalojar el lugar. Sí, sí, sí, nada de quejas, se van todos y se acabó.

Las personas se movieron a regañadientes, con murmullos de desaprobación y molestia.

Una mujer muerta, de esa belleza y en esas circunstancias, era un espectáculo que no se veía todos los días, el morbo del pueblo era algo común y nadie se avergonzaba de ello; de hecho, al propio Geminius Celsus no le molestaba particularmente, pero sabía que el lugar de un crimen (o donde se hallaba un cadáver) debía mantenerse cerrado y con la menor cantidad de personas posible, algunos libros médicos incluso conminaban a encerrar al cadáver, para poder observar todos los detalles que indicaran alguna pista en torno a las condiciones de su muerte. Mientras la gente salía, tomó del brazo a un chiquillo de unos siete u ocho años.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Geminius.

—Aselio Tuccius, señor policía.

—Bien, Tuccius, vas a hacerme un favor.

—¿Me dará una moneda, señor?

—Haz lo que te digo, no faltes el respeto a la justicia romana.

—Sí, sí, señor —dijo el chico, tragando saliva.

—Muy bien, así nos estamos entendiendo. Tienes cara de avisado, de modo que me harás caso: ve a la prefectura, ¿sabes dónde queda?

—Sí, señor.

—Bien, ve a la prefectura y dile al guardia que vas de parte de Geminus Celsus, ¿lo recordarás?

—Geminus Celsus, claro, señor.

—Pide ver al subprefecto Licinius Murena o al tribuno de turno, si no a un lictor, no dejes, escúchame bien, no dejes que te lleven con los *triumviri*, ¿me has entendido?

—Totalmente, señor.

—Corre y hazlo entonces.

El chico salió trotando. La prefectura estaba lejos, ojalá pudiese correr todo el camino, pero lo dudaba, era un niño pequeño y... Geminus entonces se dio cuenta de que dos hombres se habían quedado en la habitación. Uno era muy corpulento, a lo menos dos cabezas más alto que él, casi un gigante, y el otro más bajo, pero igualmente fuerte. Geminus los miró con curiosidad.

—Deben salir —les dijo—, necesito la habitación sola y hablar con el testigo.

—Estamos esperando —dijo el más bajo, que parecía ser el de mayor edad.

—Esperen fuera —insistió Geminus, perdiendo un poco la paciencia.

—Mira, soldado —insistió el más bajo, en un tono que le resultó atrevido—, no sabemos en cuánto tiempo lleguen sus familiares a reclamarla. —Aquí hizo un gesto hacia el cuerpo—. Pueden demorar y se ve una chica adinerada, no es de por aquí, sin duda... ¿Por qué no vas a mirar el reloj de agua y vuelves en un rato? Digamos, en el tiempo que demores en beberte un vaso de buen vino... No necesitamos más que eso —terminó, con una sonrisita.

Mientras lo decía, extendió una mano con cuatro sestercios de bronce en la palma, el equivalente a un denario de plata.

Entonces, Geminus entendió. Entre los múltiples tipos de ladrones que existían en Roma, estaban los que se dedicaban a despojar a los cadáveres de cualquier objeto precioso o de valor. Había bandas completas consagradas a esa actividad, por lo ge-

neral eran tropas de hombres y mujeres con alguna imposibilidad física y, habitualmente, trabajaban en los cementerios. Allí también estaban los propios *vespilliones*, esclavos exclusivos para las labores de los cementerios y que también robaban cuanto podían a los cuerpos (sudarios, monedas) cuando la familia los perdía de vista; a veces, incluso, practicaban la necrofilia... o eso se decía. Pero estos dos no, estos eran ladrones de otro tipo, de poca monta y brutales, sin duda, pero no se dedicaban a los cadáveres, simplemente vieron una oportunidad allí y ahora intentaban comprarlo para que los dejara solos mientras arrancaban del cuerpo cualquier cosa de valor que pudiese tener.

Los soldados de la Cohorte Urbana, como parte del uniforme, llevaban una porra de madera. Sus armas también incluían el *pillum*, una lanza larga de doble punta para arrojar o punzar (Geminius no lo llevaba casi nunca), la espada, *gladius*, el *scutum* y una armadura de huinchas metálicas, como la de cualquier otro legionario, que Celsus tampoco solía llevar encima. Del mismo modo, los policías raramente dentro de la ciudad usaban el *scutum* y solo a veces el *pillum*.

Veloz y sin vacilar, Geminius dio un golpe en el cuello al más grande de los ladrones. El golpe lo plantó con la parte de la mano que va entre el músculo interóseo dorsal y la falange proximal del índice, es decir, lo descargó con la curva que se produce entre el dedo pulgar y la primera falange base del índice; lo asestó en la manzana de Adán del gigante, que retrocedió ahogándose. En el mismo movimiento, Celsus sacó su porra y la hizo silbar por el aire, en un semicírculo que terminó asestando un brutal golpe en la rodilla del segundo ladrón, quien se dobló aullando sobre el piso. Las monedas bailaron en el aire antes de caer al suelo tintineando. Geminius los miró enardecido, dispuesto a darles una segunda arremetida; sin embargo, el más grande recuperó la respiración y ayudó a su compañero a ponerse de pie; cuando este hizo un gesto para recoger las monedas, el policía negó con la cabeza y el otro retiró la mano.

Tosiendo uno y rengueando el otro, salieron del apartamento.

Geminius recogió los cuatro sestercios de bronce y los guardó. Con lentitud, se volteó hacia Quinto, guardando la porra.

El hombre estaba aterrado, se notaba en sus ojos.

—Quédate tranquilo, Quinto Rufo, no voy a hacerte nada a menos que te comportes como esos idiotas, ¿vas a comportarte cómo idiota?

—No, señor —contestó sobresaltado Quinto.

En realidad, a Geminus Celsus no le gustaba usar la fuerza ni la violencia, pero llegado el caso, era implacable. Por lo demás, le resultaba ofensivo que hubiesen intentado sobornarlo; aunque era sabido que la policía solía dejarse comprar, él era un fervoroso creyente en la dignidad de su puesto. Por otra parte, la policía a menudo tenía que ser brutal porque los criminales romanos eran agresivos y feroces, existían mafias importantes, algunas de las cuales incluso tenían fuerte influencia en política, tanto así, que esa fue una de las razones por las que se debió ampliar el número y las fuerzas de las cohortes urbanas.

No era posible ser policía sin rudeza.

—Entonces no va a haber ni un problema entre los dos —continuó Celsus—. Ahora dime: ¿cómo la encontraste?

Quinto hizo un pormenorizado relato de lo acontecido. Con múltiples gestos de manos y expresivas miradas, así como diversos matices en la voz, explicó cómo, esa mañana del año ochocientos quince desde la fundación de la ciudad¹, despertó de un sueño tranquilo y reparador, pues él era un hombre de trabajo con la conciencia limpia, un romano pobre pero honrado (¡y qué pocos así quedaban!), lo que le permitía dormir en paz cada noche, y que esa mañana fue a arrojar su orinal al callejón trasero, lugar destinado a ello, ya que no iba a ser como esas bestias que tiraban sus excreciones en cualquier sitio, él era un romano decente, pobre, pero decente, y cuando estaba en este ritual matutino tropezó con el cadáver. Una cosa horrorosa, cómo era posible, a dónde íbamos a llegar; una mujer aún joven, hermosa y, por supuesto, de buena familia, eso se notaba, se notaba, romana de pura cepa, tal vez hasta la hija de algún patricio o alguien de la nobleza, quién sabe si hasta conocida o querida del magnánimo Nerón, qué horror, qué horror, entonces, frente a tan maca-

1. Año 62 d. C.

bro hallazgo, por supuesto, un romano pobre pero decente como él llamó, apurado, a los vecinos, pidiendo ayuda. Llegaron varios de ellos, pues los pobres —qué remedio— solían ayudarse entre sí y de ese modo las mujeres, niños y viejos comenzaron a gritar para que alguien viniese en su ayuda; quiso la misma Diosa *Iustitia* que fuera él, a todas luces un policía honrado y de carácter, quien había encaminado sus pasos hasta su humilde casa, una casa pobre, mas honrada; mientras ese feliz acontecimiento sucedía, él y otro vecino, Galerio Bassa, habían desnudado a la chica (el vestido y el sudario en los que estaba envuelta hedían por la basura del callejón) y luego levantaron a la pobre para depositarla sobre la mesa. Una vecina, Sempronia Cana, alma caritativa sin duda, había facilitado la sábana que ahora cubría, púdicamente, el desnudo cuerpo de la chica.

Vaya si no debería ser actor este Quinto Rufo, pensó Geminus Celsus, mientras sacudía la cabeza.

Las cosas no podían ser más desastrosas, no solo habían movido el cuerpo del sitio donde lo habían encontrado, sino que encima le habían quitado la ropa y el sudario en que estuvo envuelta.

—¿Qué hiciste con el sudario y su vestido?

—Están allí, señor, en el patio, sobre un taburete —contestó el tabernero.

—¿Le hicieron algo más al cuerpo? ¿Tomaron algo más de él?

—No, señor, nada, puede verlo por usted mismo.

Geminus vio, primero, el miedo en los ojos de Quinto. No, no se habría atrevido a tomar nada del cuerpo de la chica. Se levantó con tranquilidad, con lentitud incluso, y se acercó a la mesa. Con la punta de los dedos, levantó la sábana que cubría el cadáver y observó el rostro de la muchacha. Era adulta, pero joven aún y bonita, tenía una mancha púrpura sobre el lado izquierdo del labio. Después recogió la sábana hasta atrás y miró el cuerpo completo.

Tenía un corte en forma de V invertida debajo del seno izquierdo, era la herida por la que seguramente había muerto y había sido hecha por un hombre diestro. Había manchas rojizas y purpúreas sobre la piel en los costados, también tenía manchas

en el cuello, las muñecas y los talones, pero más blanquecinas, algunos de los dedos del pie tenían un intenso color púrpura: el gordo, el segundo y el tercero; en el pecho, en los muslos y en el estómago había marcas de mordeduras y succión, pero algo no encajaba del todo en ellas. Tenía también manchas de maquillaje en el cuello, o eso le pareció al policía, tenía puesto un collar de plata y piedras (muy lujoso, sin duda), pendientes que eran monedas antiguas reutilizadas y también brazaletes en un brazo y una tobillera de plata. Geminius tomó una mano del cadáver y notó cierta rigidez, pero que podía ser vencida aplicando algo de fuerza, muy poca rigidez, a decir verdad. El cadáver también tenía dos uñas rotas en la mano derecha. El cabello —húmedo— tenía basuras y cenizas, no había sangre en el cuerpo. Un olor extraño, pero que no pudo identificar, flotaba sobre la piel, tal vez se debiera a que había pasado largo tiempo en el mugroso callejón.

—Quinto Rufo, muéstrame la ropa de la muchacha.

El hombre hizo lo que se le ordenaba, salió un momento y regresó con un atado de telas que, según le pareció a Geminius, hedían a mierda o algo peor. En el intertanto, el policía volvió a cubrir el cadáver.

El vestido que le mostró Quinto se trataba de una *stola* manchada de sangre y rasgada en varias partes, era un vestido sencillo, pero en modo alguno pobre, la calidad de la tela y las costuras denotaban elegancia y calidad. Estaba húmedo. También había un sudario, en el que seguramente estuvo envuelto el cuerpo, con menos manchas de sangre y también empapado aún; ambos tenían suciedad de múltiples clases. Quinto Rufo iba a preguntar algo cuando la puerta de entrada se abrió.

Era el subprefecto, Numerius Licinius Murena, seguido por varios soldados de la Cohorte, que saludaron a Geminius como correspondía a su rango de *optio stratorum*, es decir, un suboficial y lugarteniente de los centuriones de la Cohorte Urbana. Venían también con ellos el pequeño Tuccius y una mujer a la que Geminius nunca había visto, tal vez se tratara de una familiar de la fallecida, pero ¿cómo podrían haberla ubicado si ni siquiera estaba identificado el cadáver? Quizá ya la estaban buscando

y al escuchar sobre la aparición de una mujer muerta habían ido a ver si se trataba de su pariente.

Licinio Murena era un hombre alto y con notoria tendencia a una gordura que intentaba, sin mucho éxito, cuidar. Entrado en años, irónico e inteligente, se esforzaba por mantener la ley y la justicia tanto como podía o tanto como la corrupción romana se lo permitía. Aunque era grueso, sus movimientos eran rápidos y nerviosos; a veces, a Geminius Celsus le daba la impresión de que el subprefecto se movía a saltitos. Se conocían desde la época en que habían servido en la legión, la gloriosa Decimocuarta Gemina, manteniendo las fronteras del imperio en la guerra. Celsus lo estimaba verdaderamente y, después de tantos años, tenían una buena amistad. Mientras los otros soldados se formaban alrededor, Celsus miró a la mujer recién llegada nuevamente; no era muy alta, el pelo que se dejaba ver bajo la *palla* —el manto común que las romanas usaban para cubrir su cabeza— era castaño muy claro, casi rubio; bajo la túnica se adivinaban formas voluptuosas y bien moldeadas, el pecho turgente y las caderas amplias ajustadas en una cintura breve; el rostro, de piel muy blanca y rasgos fuertes, se alineaba en una nariz aguileña y era el prototipo de la belleza romana tradicional; los ojos cafés, sin embargo, tenían un cierto brillo inquietante.

—¿Es una familiar? —susurró Geminius Celsus a Graco, también exlegionario de la Decimocuarta que se paró a su lado.

—No —respondió el otro susurrando también. Se acercó a Murena en el camino, hablaron en privado y él la trajo.

—Señor —saludó Geminius Celsus, cuadrándose marcialmente.

—Descansa, “Espada”, descansa—, dijo el subprefecto—. Por lo que este chiquillo me ha contado —continuó Murena haciendo un gesto hacia Tuccius—, he decidido venir personalmente, al parecer se trata de algo grave, podríamos tener a la miembro de alguna familia pudiente aquí.

—No he dejado ver el cuerpo a nadie, tampoco tocarlo, señor, pero cuando llegué ya había sido movido del lugar donde fue hallado —explicó Celsus.

—Correcto, correcto... ¿Algo que puedas decirme?

—No mucho, señor, no alcancé a revisar el cuerpo con cuidado, pero la asesinaron asestándole una estocada en el pecho, probablemente le atravesaron el corazón o un pulmón con un arma corta. Seguramente no la mataron aquí, donde fue hallada, sino en otro lugar. Diría que lleva menos de doce horas muerta.

—Bien, bien —comentó Murena, sonriente. Conocía a Geminus Celsus desde que este tenía unos dieciséis años. Había pasado bastante tiempo desde entonces, pues el policía había cumplido treinta y seis hacía unos meses, en las *Idus* de junio. Siempre había sido igual, pensaba Murena: incorruptible, firme, leal, pero un tanto inflexible, demasiado disciplinado y correcto.

—No he dejado a nadie acercarse al cuerpo, señor —insistió Geminus Celsus—, excepto el testigo que lo encontró... Tampoco he interrogado al resto de los vecinos, señor, he llegado hace muy poco.

—Bien, bien —repitió el subprefecto, como una oración que tuviese aprendida.

Luego hubo un momento de silencio y Murena se volteó hacia la mujer.

—Bien, Ocella, puedes hacer lo tuyo —dijo. La aludida avanzó hacia el cadáver, pero Geminus Celsus se interpuso. El subprefecto era su superior y su amigo, pero si esa mujer no era una pariente, que se identificara. Celsus estimaba al subprefecto, mucho, pero no podía permitir algo así: la intromisión de alguien que no fuese de la Cohorte Urbana en el cadáver le resultaba una suerte de sacrilegio. Por lo demás, Murena le habría decepcionado profundamente si se hubiera dejado sobornar por algún motivo; de todos modos, no podía imaginar a Murena aceptando un soborno.

—Señor —dijo Geminus Celsus—, el cadáver aún tiene sus joyas y también está ahí su vestuario, deberíamos revisarlo para extender el informe a los *triunviri* y luego buscar a la familia de la pobre desgraciada. No sé qué hace esta señora aquí, pero no veo razón alguna para que se acerque al cuerpo, a menos que sea una pariente de la víctima.

La mujer le sostuvo la mirada sin intimidarse en lo más mínimo. El subprefecto, a su vez, miró sorprendido al policía.

Hubo unos instantes de silencio incómodo, francamente tensos, hasta que Licinius Murena soltó una carcajada. De algún modo el ambiente se relajó con la reacción del subprefecto, los otros soldados rieron, Tuccius también y Quinto suspiró. Sin embargo, Geminus Celsus mantuvo la mirada firme y el rostro serio, lo mismo, por cierto, que la mujer.

—Lucius Geminus Celsus —dijo Murena, espaciando las palabras—, si tuviese solo cincuenta hombres tan honestos y honrados como tú, Roma sería un campo de juegos y los senadores, el populacho y hasta nuestro César podrían dormir en paz por siempre... Eres mi mejor soldado, Espada, y el día que no te tenga en la Cohorte será una tragedia.

—Agradezco sus palabras, señor, pero...

—Escúchame ahora, Geminus Celsus. Esta mujer no va a hacer nada deshonesto, simplemente quiere observar el cuerpo y el lugar donde lo encontraron, es una romana de buena familia y tiene sus razones personales para querer mirar este macabro asunto. ¿Le hace daño a alguien? Por supuesto que no. Por lo demás, aunque solo sabe que hemos hallado este cuerpo en la casa de este hombre llamado... llamado... ¿llamado?

—Quinto Rufo, señor —se apresuró a completar el aludido.

—Eso es, Quinto Rufo —repitió Licinius Murena—. Como verás después, Ocella hasta puede darnos una ayuda.

—¿Una ayuda, señor? —escupió Geminus, intentando disimular la ira que le produjeron esas palabras.

Celsus confiaba y estimaba mucho a Murena, sabía que era un hombre honrado dentro de las posibilidades que un subprefecto tenía de serlo, habían estado juntos en la guerra y Murena, de hecho, lo había adiestrado desde su ingreso a la legión, pero esto iba más allá de lo aceptable. Después de todo, ¿no eran ellos soldados *profesionales* dedicados a la investigación? ¿Cómo una ciudadana común y corriente iba a poder darles ayuda *a ellos*?

—Espada —dijo el subprefecto—, estás moviéndote en la frontera del desacato, no te confundas, soy tu superior y soy más duro de roer que Uorgern y Gwerth. Deja pasar a esa mujer y no quiero escuchar una palabra más de tu boca.

Geminius Celsus se cuadró marcialmente y la dejó pasar. Eran sus órdenes; sin embargo, no bajó la mirada incómoda, menos después de la alusión a Uorgern y Gwerth, guerreros que eran temidos e infalibles en batalla, allá en Britania, dos hermanos a los que Geminius Celsus había matado y con los que su destino había quedado sellado más allá de la guerra. Con el comentario, Licinius Murena le había dicho, elegantemente, que, aunque fuera un notable militar, su superior era él y que en la milicia, la jerarquía se respetaba.

La mujer avanzó hacia el cuerpo y lo estudió minuciosamente. Primero lo miró durante largos y silenciosos minutos, lo recorría con los ojos detenidamente, se movió a su alrededor y palpó sus manos, sus pies, comprobó la tensión en algunas articulaciones e incluso se acercó para olerla, abrió los labios del cuerpo y miró dentro de la boca, también miró y tocó las joyas de la muchacha, luego la dio vuelta sobre la mesa para mirarla de espaldas, cosa que hizo con el mismo detenimiento anterior y en cierto momento de la revisión le separó las nalgas y observó con atención el recto, situación que a Celsus le pareció de lo más desagradable; finalmente, la puso en su lugar otra vez. Inmediatamente después se aproximó al vestido y al sudario en que estuvo envuelta, también los contempló escrupulosamente. Mientras hacía todo eso, el soldado llamado Graco, que estaba al lado de Celsus, le susurró: “Está buena, ¿no, Espada?”. Geminius Celsus se encogió de hombros, un gesto que usaba cuando algo que no le gustaba era cierto y, si bien no podía negarlo, tampoco le daba importancia.

Cuando todos pensaron que el proceso de observación de la mujer había terminado, esta le habló a Quinto Rufo.

—¿Esa es la puerta que da al callejón donde la hallaste?

Quinto Rufo, sorprendido ante la pregunta, como todos lo estaban, asintió con la cabeza, pensando para sus adentros (como casi todos los soldados e incluso el pequeño Tuccius) que esa mujer debía ser una bruja, si no, ¿cómo se podría explicar que supiese que el cuerpo fue hallado en un callejón por Quinto, especialmente cuando nadie le había dado ninguna información, excepto que se había encontrado el cadáver de una joven mujer

en la casa de un tabernero? Merga Ocella se dirigió hacia la puertecilla que daba al callejón y salió. Geminius aprovechó de mirar a Licinius Murena y vio que este sonreía con cierta picardía; de hecho, Geminius Celsus se dio cuenta de que le sonreía a él.

—Espada, tú eres un buen policía —dijo Licinius Murena—, porque no tienes una mente estrecha. No seas prejuicioso y deja que esta dama termine su revisión.

Geminius Celsus iba a responder algo, pero la tal Ocella, segura y altanera, volvió a entrar en la habitación. De pronto, Celsus se dio cuenta de que, de hecho, era la única mujer en la habitación, pequeña, fuerte, curvilínea, decidida, frente a todos ellos.

—Gracias, subprefecto Licinius Murena —dijo ella—, me has hecho un favor que tendré en consideración siempre. Por lo pronto, puedo darte una información que te será de utilidad, porque conocí a la chica: su padre y ella misma fueron mis pacientes. Es la hija de Marco Sallustio Crispo, un mercader importante, hijo de un senador en tiempos de Claudio y nieto de un senador en tiempos de Tiberio, su madre es Drusilla Caeca. La chica se llama Sallustia Crispa Escribonia, pero todos la llamaban Escribonia, porque tiene dos hermanas y dos hermanos, además de un hermanastro del primer matrimonio de su madre. En efecto, es una muchacha de buena familia, su casa está en el *Caelio* en la frontera misma de la Vía Nerulana, cruzando la *Regio III*, puedes reconocerla porque en la entrada tiene labrado el nombre de su abuelo y un cartel de *Cave canem* muy particular, un mosaico de colores rojizos y verdes, muy vívido. Verás que, en él, el perro graficado muerde a un hombre singularmente parecido a Calígula; la casa de Crispo está a no más de trescientos metros de la mía, puedo guiarte si lo necesitan. La muchacha estaba a punto de casarse con un patricio que había seguido la carrera legal, un joven que tiene un futuro luminoso. No estoy segura, pero creo que se llama Marco Lycus. Escribonia estaba en la flor de la vida, tendría quince años, dieciséis a lo sumo. Será una noticia triste de dar.

Geminius Celsus no estaba impresionado. Todo lo que la tal Merga había dicho eran datos que sabía porque conocía a la familia e incluso a la chica. El espectáculo de la investigación del cuerpo no solo había sido grotesco, sino que, además, inútil. ¿Qué le sucedía al subprefecto? ¿Los años le estaban haciendo perder el entendimiento? Celsus lo miró, buscando algún gesto que reflejara en la cara de Murena lo que pensaba. Por toda respuesta, el viejo volvió a sonreírle, pícaro.

—Señor —dijo Geminius Celsus aún molesto—, ¿la dama podrá iluminarnos con algo que haya podido observar *en* la habitación y no con el conocimiento que cualquier matrona que se pase las tardes comadreando en el mercado puede obtener?

Los soldados alrededor rieron con fuerza. Celsus estaba a punto de faltar el respeto a un superior directo y lo sabía, pero también creía que el honor de la Cohorte Urbana debía ser respetado, por la justicia, por la ley, por Roma.

—¿Y de tu pequeña investigación, Ocella, hay algo que puedas contarnos? —inquirió Lucinius Murena con una sonrisa paciente y divertida al mismo tiempo.

—Lucinius Murena, he podido hacer tres observaciones esta tarde y, si me permites, puedo informarte sobre las tres y después, si me lo permites también, quisiera retirarme.

—Nada me dejaría más contento, querida mía —respondió el subprefecto—, por favor, habla con libertad y luego tendrás permiso para irte.

La mujer miró con ese brillo inquietante en sus ojos y habló.

—Así sea. Lo primero que he observado es que tu hombre aquí presente, Geminius Celsus, es en efecto un buen policía, lo mismo que fue un buen soldado. Alto, bien alimentado y fuerte a su entrada edad, viene de una familia que ha salido adelante a fuerza de luchar contra la adversidad; sin embargo, las formas de su nombre y los rasgos de su rostro dicen que seguramente sus ancestros fueron esclavos griegos, cuatro o cinco generaciones atrás ganaron su liberación y entonces se dedicaron a ganar dinero y hacer carrera militar; con buenos sobornos habrán conseguido borrar el *praenomen* heredado que vergonzosamente recordaba a su familia la calidad de libertos y así consiguió unos *tria nomi-*

na tan brillantes que solo una familia sin abolengo insiste en poseer. Sin duda, en su familia han sido tradicionalmente militares, ¿de qué otro modo puede hacer algo de dinero gente sin muchas posibilidades? Se observa esa tradición en el modo de pararse de Geminus Celsus y la manera profesional, económica, sólidamente segura de llevar las armas, se deduce de lo mismo que es veterano de guerra..., una campaña en Britania sin duda, la alusión a un guerrero de aquella isla es un dato, pero también la cicatriz que cruza su rostro es la clásica marca que dejan los cuchillos cortos y anchos que usan esos salvajes celtas o gálatas o belgas, lo que sea que viva en esa isla, cuando acompañan a su señor, mientras este conduce el carro de guerra. Por su edad, debió empezar en la campaña del emperador Claudio y, supongo, ha regresado hace poco, un héroe de guerra si estuvo en la batalla de Suetonio Paulino contra Boudica... Ah, ese brillo de orgullo en sus ojos lo confirma, bien, *es* para sentirse orgulloso; regresaste después de la batalla final contra Boudica, amigo de Licinius Murena, entonces Celsus es un legionario de la famosa Décimocuarta Gemina, por ello Murena le dio este puesto, para que espere con tranquilidad su retiro, desde hace poco entonces ha sido policía, trabajo del que pronto debe estar por jubilar, ya que solo se puede servir por dieciséis años en la Cohorte Urbana y, por el respeto y cariño que le demuestras tú y sus compañeros, hablamos de un soldado con años de carrera, poco tiempo de policía, pero muy honrado, aunque no muy inteligente, lamentable diría yo, pues un policía honrado siempre es bienvenido en Roma. Por cierto, Geminus Celsus, aunque eres abuelo ya, tu familia parece no tenerte mucho en cuenta, en especial tu señora esposa; querido, permíteme darte dos consejos: el nieto o nieta que tienes, con no más de dos años, es sano, despreocúpate porque le cueste defecar, te recomiendo que le den leche con gotas de esencia de amapolas (tres o cuatro gotas, nunca más que eso) y abundante jugo de ciruelas, la diminuta mancha de vómito en tu capa tiene el color y aroma de un vómito conocido en los infantes con ese problema, no te preocupes, con los años, todos los humores que necesita para hacer bien la digestión se formarán normalmente, pero esto lo aliviará por ahora y, bien, si

tu esposa te ha dejado salir con esa mancha en la capa a ti, orgulloso y viril legionario de la Cohorte Urbana de Roma, pues es un signo inequívoco –y preocupante, si me lo permites– de que ha perdido algo de interés en ti, vuelve a tu casa y trátala con más respeto y cariño de lo que me has tratado a mí esta mañana.

El silencio en la habitación fue sepulcral.

Nadie se atrevió a decir nada y Geminus Celsus, aunque nunca en su vida había escuchado a una mujer hablar con tal falta de respeto, solo atinaba a pensar que él mismo se lo había buscado y le habían dado un golpe duro, en particular porque todo (con pequeñas excepciones en detalles) era cierto. Por otro lado, no dejaba de causarle cierta gracia ese modo atrevido de la mujer, incluso le resultaba un tanto atractivo. Así, con romana dignidad, Geminus Celsus tuvo energía para responderle a Merga Ocella.

–Agradezco tu consejo y lo tendré en cuenta, aunque puede que te equivoques en algo: precisamente porque trato a mi esposa con *mucho* respeto y cariño, es que tal vez ha perdido interés en mí.

Lo dijo con una sonrisa, con gracia incluso. Todos se rieron de la respuesta, incluida la propia Ocella.

–Bien –continuó ella cuando se hizo silencio–, me he comprometido a dar tres conclusiones sobre lo que he observado. La segunda y tercera tienen relación con el crimen: la muchacha fue asesinada con un arma corta, como bien dice Geminus Celsus. Por la altura a la que se encuentra la herida y el tamaño de la mujer, diría que el asesino es muy alto, tal vez unos seis pies de alto², el asesino es diestro, sin duda, el corte está bajo su pecho izquierdo, la forma de la herida hace ver que introdujo el arma desde el lado contrario y tuvo que torcerla hacia abajo para sacarla de la carne mientras ella se movía, tal vez tuvo una convulsión; además, la chica recibió un puñetazo que le arrancó un diente, es su colmillo izquierdo el que ha perdido y sucedió hace poco. Las manchas púrpura en los costados de las costillas hacen

2. El pie romano o *pes*, equivale a 29,57 cm. Se trata de una estatura excepcionalmente alta para la época.

ver que fue dejada en esa posición después de muerta por algún tiempo, dos o tres horas, y el *rigor mortis* que presenta supone que ha muerto hace menos de doce horas, las marcas de su cuello, muñecas y talones, denotan que fue amarrada mientras estaba viva, seguramente para torturarla. Las uñas rotas de la mano y los dedos maltratados del pie demuestran que se defendió, seguramente rasguñó y pateó a sus atacantes, que, por cierto, también la violaron más de una vez. Las mordidas y golpes que presenta en el pecho, piernas y espalda corresponden a más de un individuo, cosa que se puede comprobar en las marcas que dejaron. Son personas que poseen, al menos, todos los dientes frontales y uno es muy grande; sin embargo el asesino fue uno; entre el tiempo de su violación y la muerte transcurrieron horas, se observa por las heridas. Además, la herida que la mató es una sola, aunque eso es obvio. Fue violada, al menos, analmente: tiene heridas en el recto que lo atestiguan, vaginalmente no puedo saberlo, no hay marcas, pues lavaron el cadáver, pero es muy posible... Digamos: lavaron el cadáver sin ropa y luego volvieron a ponérsela, de ahí que el cuerpo casi no tenga manchas de sangre y su *stola* esté llena de sangre, que debe ser de ella y, quién sabe, de sus atacantes. Fue baldeada, sin duda, sus ropas están húmedas y los asesinos tuvieron el descuido de dejarla sin ropa interior: no hay *subligar* ni *fascia pectoralis* por ninguna parte, lo mismo dicen esas manchas de pintura en el cuello: iba maquillada a donde fuera que iba cuando la raptaron y, al lavarla, esas pinturas se corrieron, sería un buen punto de inicio para investigar saber a quién iba a visitar cuando salió de casa. Su ropa es bella y llevaba maquillaje, tal vez se tratara de una cita. Yo diría que esta muchacha ha desaparecido de su casa hace uno o dos días y que la asesinaron en la madrugada, después de torturarla, luego lavaron el cuerpo para despistar. Tiene un olor extraño, pero con el agua ha desaparecido casi completamente y ahora se hace difícil saber qué es, pero no es el mismo de sus ropas. Sin embargo, en su pelo hay cenizas, buscaría yo un algún lugar donde haya fogatas o braseros, lavanderías o panaderías; también habrá que preguntar a los padres por qué no han dado parte a la policía por su desaparición. Evidentemente no fue un robo, no

le han sustraído nada, ni siquiera esas joyas elegantes que tiene puestas, pero la tobillera está rota, parece a simple vista que esa era su forma original, pero, con muchísimo cuidado, alguien le ha quitado un adorno que iba incrustado en la parte interior de la joya, esa también puede ser otra pista interesante de seguir, subprefecto.

Cuando concluyó su discurso hubo un nuevo silencio, interrumpido por el silbido impresionado de un soldado. El compañero parado al lado de Celsus, Graco, repitió susurrante: “Está buena, ¿no?”, pero esta vez no recibió respuesta alguna.

—¿Y cuál es, Ocella, tu tercera conclusión?

—Que no es la primera vez que estos asesinos matan y, puedo asegurártelo, tampoco será la última— contestó la mujer, con expresión triste.